

## Prólogo

Carmen Segura Peraita

Universidad Complutense de Madrid

El presente volumen reúne contribuciones de algunos especialistas y profesores que nos permiten profundizar en la naturaleza específica del método socrático y en sus posibilidades de aplicación en la actualidad. Y ello tanto en el aula de bachillerato o de universidad como fuera de ella, en los más diversos ámbitos de la sociedad y con las más diversas finalidades.

Todas las aportaciones se decantan entusiásticamente por la práctica del método socrático, aunque sin incurrir en el error que supondría pretender *reproducir* punto por punto aquello que, supuestamente, Sócrates enseñó e hizo. Tal reposición resultaría imposible, al menos por dos razones. La primera es que en realidad no sabemos con certeza en qué consistía el método practicado por Sócrates, puesto que lo que conocemos es solo lo que nos transmitieron Jenofonte y, ante todo, Platón. En segundo lugar, porque las circunstancias y condiciones actuales, tanto en lo relativo a la educación como en lo que tiene que ver con la sociedad civil, son bien distintas de las que rodearon al inigualable maestro de occidente. En este sentido no es preciso subrayar la enorme distancia que existe entre la *paideia* antigua y el actual sistema reglado de enseñanza y capacitación profesional.

De los capítulos que forman este libro hay que destacar su diversidad y riqueza. Algunos de ellos son valiosos trabajos orientados a lograr una mejor comprensión del método y a destacar algunos aspectos menos tenidos en cuenta tradicionalmente. En este sentido, tanto Bossi como Candiotto destacan la necesidad de atender no solo a la vertiente intelectual sino también a la emocional en la aplicación del método, algo que conduce al reconocimiento de los propios límites. Otras contribuciones se centran en la práctica docente. Con una sólida base documental, Villaverde cuestiona la viabilidad de poner en práctica el método socrático en las aulas, aunque reivindica la figura de Sócrates como un excelente apoyo para introducir a los estudiantes en algunas cuestiones filosóficas fundamentales. Por su parte, Acha da cuenta de una experiencia socrática realizada en el aula, con el propósito de recuperar el método socrático

para la docencia actual de la filosofía en la enseñanza secundaria. García Norro se centra en el uso del método socrático para el análisis de los textos. Su propósito es elaborar un procedimiento que facilite el aprendizaje activo y el descubrimiento de determinados contenidos por parte del propio estudiante. Por su parte Sánchez Tortosa refiere el pionero y prometedor «proyecto Telémaco». Se trata de una empresa docente que aprovechando las tecnologías actuales aspira a que los estudiantes puedan practicar el método dialéctico socrático mejorando de este modo su formación. Boele y Van Rossem han escrito dos capítulos centrados en lo que se suele conocer como «práctica filosófica». En ellos relatan, analizan y evalúan sus experiencias en estas prácticas, realizadas tanto dentro como fuera del aula. Mi propio capítulo, por último, aspira a definir la diferencia entre instrucción y educación a la vez que desarrolla una reflexión sobre la naturaleza del diálogo y realiza una propuesta de práctica dirigida especialmente al comentario de texto filosófico.

Los análisis de estas páginas suscitan la convicción de que, aunque no sea el único método válido y eficaz para la educación, y aunque hayamos de huir de planteamientos nostálgicos, se hace preciso, porque es fructífero y positivo, reinventar y reactualizar el método socrático. En efecto, en la misma medida en que el sistema formativo actual se ve obligado a adaptarse (e incluso a someterse) a exigencias, necesidades y condicionamientos ajenos al propósito educativo mismo, en esa misma medida resulta apremiante recuperar un modo de enseñar y aprender que no esté gobernado por la mera pretensión de proporcionar conocimientos de carácter instrumental, destrezas, competencias y habilidades enfocadas a algo diferente de la mera y noble finalidad educativa. Lo que sabemos del método socrático (aunque no sepamos qué es exactamente lo que hacía Sócrates) es que se practica allí donde lo que se busca es la educación y no la mera instrucción, que lo que persigue es despertar en los estudiantes un verdadero y permanente deseo de saber, que ese método se ejercita de manera que ellos se transformen en protagonistas activos de su propia formación.

En los párrafos que siguen me detendré brevemente en aquellas cuestiones y aspectos donde los autores del libro han puesto el acento, de manera que este prólogo constituya una verdadera introducción a los desarrollos que vendrán en los diferentes capítulos. En particular señalaré aquellas cuestiones en las que hay mayor acuerdo o en las que los diferentes autores insisten más especialmente.

En varios capítulos se ha recordado que no hay suficiente claridad y por tanto unanimidad acerca de lo que se deba o pueda entender por método socrático. Es cierto que su reivindicación y práctica están actualmente muy extendidas, pero ya se ha dicho que ello no implica que dispongamos de una idea

rigurosa y universal de lo que constituye el método socrático. En cualquier caso –aun cuando no podamos reconstruir con toda objetividad la personalidad y actividad filosófica de Sócrates–, su figura se alza como modelo y paradigma de la actividad intelectual y vital en la que consiste la filosofía. Así, hablar de método socrático no es tanto hablar de unos procedimientos y técnicas concretas cuanto referirse a una actitud, a un modo de ver y entender la realidad, las personas y en particular la educación. Tal método tiene en su centro la ironía –el reconocimiento de la propia ignorancia– y la mayéutica –el arte de ayudar a dar a luz–. No es difícil advertir que ninguno estos dos momentos se deja reducir a una habilidad o destreza adquirida o a una técnica que se pueda llegar a dominar. Por el contrario, esos momentos tienen que ver con actitudes y disposiciones vitales. Lo que no hace más que incidir en la profunda dimensión vital, existencial, que tiene el denominado método socrático.

Por otra parte, y aunque desconozcamos el modo exacto en que Sócrates practicó su método, no albergamos ninguna duda respecto de la importancia crucial del diálogo. Este permite que nos encontremos en un terreno común y compartido; gracias a él podemos descubrir suposiciones y experiencias comunes a todos los interlocutores, llegar a consensos y desarrollar nuestra capacidad para la empatía. Pero antes que nada, el verdadero diálogo nos fuerza al autoanálisis y a la reflexión. Por esta vía es como el método socrático se constituye en un verdadero arte y en una verdadera experiencia existencial, alejándose de nada semejante a una técnica. Este arte no se limita a facilitar el recurso a una serie de procedimientos y habilidades útiles de cara a la consecución de determinados objetivos inmediatos; por el contrario, es de largo alcance pues, en definitiva, nos enseña a vivir.

Pero es cierto que la práctica del método socrático –singularmente en el contexto de la enseñanza institucionalizada– reviste, por fuerza, unas características especiales, en el sentido de que no se puede constituir estrictamente como una conversación entre dos o más iguales. Por mucho que Sócrates declarase su ignorancia, el papel que él decía desempeñar (al menos así nos lo muestra Platón) era el de partera, de manera que el profesor (y de igual modo el facilitador de cualquier diálogo socrático en contextos ajenos al aula) es más bien un mentor. Se trata de alguien que acompaña y encauza, de alguien que no deja nunca solo al estudiante o practicante del método, aun cuando no le anticipe ni facilite en exceso las soluciones ni las respuestas. Así el maestro socrático es alguien profundamente implicado en la educación y aprendizaje de los estudiantes que tiene a su cargo.

No cabe duda de que el profesor que quiere recurrir a este método en sus aulas se enfrenta a no pocas dificultades. El elevado número de estudiantes, las exigencias curriculares o los sistemas de evaluación son, entre otros, algu-

nos de los obstáculos que dificultan la puesta en práctica del método. Sin embargo, también es cierto que actualmente son numerosos los factores que están contribuyendo al desinterés de algunos estudiantes y, así, al fracaso escolar o académico. Fracaso que en no pocas ocasiones es no solo educativo sino, además, vital, y que, a los niveles en que se está dando, se puede considerar ya no solo individual sino colectivo, social. Y esto en el preciso sentido de que nuestra sociedad, nuestras instituciones y leyes de educación, así como buena parte del sistema escolar, parecen estar fracasando.

Por eso resulta no solo fundamental sino también urgente encontrar la manera de revertir este proceso. Sería pretencioso, y en todo caso demasiado optimista, sostener que la aplicación del método socrático daría solución a nuestros problemas, también porque, como ya sabemos, no existe el puro método socrático. Sin embargo, la diferente concepción que del aprendizaje y la educación nos transmite Platón a través de los diálogos en los que pone en escena a su maestro bien podría contribuir a reencauzar positivamente la tarea docente y discente. Porque lo cierto es que existe una clara vinculación entre el recurso al método socrático y una determinada concepción de la educación y de la institución educativa (desde primaria hasta la universidad). Se trata de una concepción en la que la educación es concebida como un proceso vital que va mucho más allá de la mera instrucción y que tiene fuertes connotaciones emocionales y, en definitiva, morales.

De hecho, como se pone de relieve en los capítulos que siguen, los estudiosos actuales han advertido y subrayado la necesidad de incluir no solo factores intelectuales sino también emocionales en la aplicación del método. Y ello porque para que resulte fructífero es necesario ocuparse íntegramente de las personas, de los estudiantes, atendiendo a dos vertientes, la intelectual y la emocional. Y eso porque el arte mayéutico, de dar a luz, no se limita a los conocimientos sino que alcanza a la totalidad de nuestra experiencia en el mundo. Por esta razón no se puede ignorar que la verdadera educación tiene una esencial dimensión ética.